



Ut unum sint!

Nuestro Carisma y la "Imitación de Cristo"

Misioneros Siervos de los Pobres

N. 01/2025

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En el número anterior hemos profundizado en la Palabra de Dios y hemos visto que esta no es sólo un escrito, sino la Persona misma de Jesucristo. Ahora es conveniente reflexionar acerca de nuestra regla espiritual: la *"Imitación de Cristo"*, libro que nos servirá de guía y de complemento perfecto en nuestra lectura continua de las Sagradas Escrituras.

Tradicionalmente se ha atribuido la génesis de la obra a Tomás Hemerken de Kempis, cuyo nombre hace referencia al pueblo donde nació, cerca de Colonia en Alemania, el año de 1379. A los veinte años ingresó al convento holandés de Agnetenberg, de los Canónigos de San Agustín, donde recibió la ordenación sacerdotal y permaneció largos años copiando códices, componiendo tratados históricos y ascéticos e instruyendo a los nuevos religiosos hasta el año de 1471, cuando murió a la edad de noventa y dos años. Fue un hombre bueno y piadoso que acostumbraba a meditar en la Pasión de Cristo con gran afecto y tenía especial carisma para animar a los débiles y angustiados.

Dentro de la hipótesis de la autoría de Tomás de Kempis, se ha subrayado que la época en que le tocó vivir estuvo marcada por las señales del desorden, la violencia y la inseguridad total (política, social y religiosa). Fue el tiempo posterior a la 'Guerra de los Cien Años' que conmovió Europa, tiempo del Cisma de Occidente que dividió a la Iglesia entre Roma y Aviñón, de las revoluciones campesinas, de las manipulaciones de prestamistas y banqueros, de los impuestos exorbitantes y de las estériles elucubraciones de teólogos y filósofos incapaces de mejorar las costumbres. Frente a este contexto social se explicaría y comprendería la insistencia del autor con respecto a la vanidad, el desprecio de todo lo mundano y la desconfianza en el hombre.

En medio de ese ambiente, como una reacción natural, apareció la escuela de espiritualidad llamada *"Devotio moderna"* (Devoción moderna), caracterizada por su intenso cultivo de la interioridad, su íntima

adhesión a la Persona de Cristo, su piedad afectiva, su actitud antiintelectualista, y su ascética marcada por la huida del bullicio y de la vanidad del mundo.

Nuestra época se precia de reconocer el valor de las realidades del mundo, pero basta echar una mirada sobre la realidad global a nivel mundial para observar que, a pesar de todo pregón de los derechos humanos, la justicia social y la erradicación de la pobreza, estas realidades inspiran la misma desconfianza como aquel entonces. Por eso no ha perdido actualidad la *"Imitación de Cristo"*, que muchos consideran un fruto conspicuo de la espiritualidad inspirada por la *"Devotio moderna"*. (cfr. Introducción de la *Imitación de Cristo*, Misioneros Siervos de los Pobres, 2007, pp. 5-7)

"La 'Imitación de Cristo' -escribe el P. Giovanni- ha sido la fiel compañera de camino de centenas de miles de seguidores de Cristo a lo largo de toda la vida durante estos últimos siete siglos, y lo seguirá siendo en el transcurso del tercer milenio que ya hemos inaugurado bajo la insignia gloriosa de la Cruz de Cristo Crucificado y Resucitado. Igualmente, este libro seguirá guiando también a nosotros, los Misioneros Siervos de los Pobres, en el camino de la santidad, hasta alcanzarla, como ya lograron hacerlo muchos cristianos que nos precedieron y que escogieron esta preciosa obra de la 'Imitación de Cristo' como su inseparable guía y compañera de ruta" (Introducción de la *Imitación de Cristo*. Nueva traducción del latín. Lima, Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo, 2007, p. 11-12).



Es por ello que el P. Giovanni Salerno la ha escogido como *"la regla de vida espiritual de los Misioneros Siervos de los Pobres"*. Leamos y profundicemos las palabras que él mismo nos dejó: *"Pues ellos quieren tomar con abundancia el agua fresca contenida en esta obra, no teniendo otra meta que la de vivir la santidad. Siguiendo las sabias orientaciones de la 'Imitación de Cristo', los Misioneros Siervos de los Pobres no entrarán en crisis, no verán debilitarse su carisma y jamás se tambalearán, porque a través de su humilde y generoso servicio a los pobres correrán siempre hacia Cristo, su única meta.*

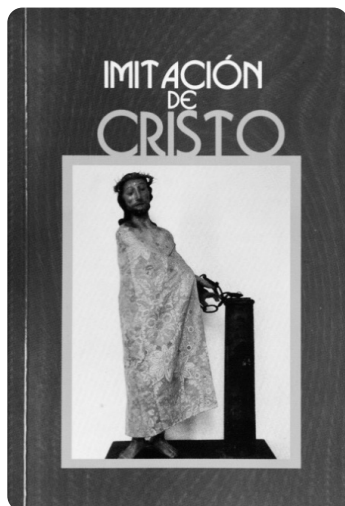
[...] Aceptando como regla de vida la 'Imitación de Cristo', nos ponemos en un continuo camino de santidad. El pensar que deberíamos estar siempre, de manera constante, empeñados en conseguir la santidad y en ser cada vez más santos debería ciertamente llenarnos de confusión y mantenernos profundamente humildes.

Para nosotros, la santidad no se limita al gesto de asumir los compromisos de pobreza, obediencia, castidad y servicio a los pobres. En efecto, no termina allí. Más bien, es el resultado de todos los años de prueba, de experiencia, de compromisos -temporales primero y perpetuos después- que poco a poco nos ayudan a tener la «forma mentis» de Cristo, que es «el Camino, la Verdad, y la Vida» (Jn 14, 5).

Entonces, hay que llevar a cabo una auténtica reforma, porque en nosotros hay una deformación causada por el pecado original y sus secuelas. Para llevar a cabo esta reforma, Jesús nos ha dejado una ayuda muy especial en la persona de su Madre, que siempre nos acompaña para evitar las malas intenciones de Satanás, que nos distrae y nos confunde a través de nuestros sentidos.

Por ello hacemos nuestros los sentimientos del propio autor de la 'Imitación de Cristo' cuando implora: «Señor, Dios mío, Creador y Redentor mío, hoy aspiro a recibirte con aquel afecto, reverencia, alabanza y honores, con aquella gratitud, decoro y amor, con aquella fe, esperanza y pureza con los que te recibió y deseó tu Santísima Madre la gloriosa Virgen María cuando, al ángel que le anunció el misterio de la Encarnación, respondió humilde y devotamente: 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra' (Lc 1, 38)" (Libro IV, cap. 17).

Con la lectura diaria de la "Imitación de Cristo" y con la ayuda de Nuestra Madre María Santísima, evitando caer en un activismo estéril, alcanzaremos esta transformación en profundidad, moldeados por el prototipo de toda santidad: Jesucristo» (cfr. Introducción de la *Imitación de Cristo*. Nueva traducción del latín. Lima, Misioneros Siervos de los Pobres del Tercer Mundo, 2007, p. 12-15).



En los Estatutos actuales del Movimiento, hemos resumido el carisma en catorce puntos fundamentales, dentro de los que se encuentra el de la "Imitación de Cristo" que dice: "La 'Imitación de Cristo' es nuestra regla de vida espiritual, buril que, por medio de la meditación personal y comunitaria, cada día nos va conformando con Cristo".

Pero, ¿qué es un buril? Antes que nada, les comentamos que era una palabra muy querida por nuestro Padre Fundador, ya que expresa la forma en la que Dios nos moldea a través de su Palabra y de este hermoso libro. Según la Real Academia Española (RAE): "El buril es un instrumento de acero, puntiagudo, que sirve a los grabadores para abrir líneas en los metales». Quizás estemos más familiarizados con el cincel, que es algo parecido al buril, con pocas diferencias. En fin, la idea que el Padre nos quería transmitir a través de esta imagen es que, en muchas ocasiones, nuestro corazón es duro como el metal, pero Dios, a través de instrumentos humildes, nos va moldeando según su Voluntad.

El Padre Giovanni mismo nos llegó a comentar que, en la soledad de la alta Cordillera, su único director espiritual fue el libro de la "Imitación de Cristo". De hecho, esto se recoge en el artículo 1º de nuestros Estatutos, cuando al hablar del fundador, se dice que la misión que él llevó y que nosotros debemos llevar es posible gracias a la Eucaristía, el alimento de la Palabra de Dios y la lectura asidua de la "Imitación de Cristo" (Kempis), porque así el misionero puede obtener las fuerzas para no sucumbir ante el horror de tanta miseria humana y puede ser un testigo eficaz de Dios sin convertirse en un simple funcionario o administrador de bienes materiales, cayendo en la tentación del asistencialismo" (*Estatutos de los Misioneros Siervos de los Pobres*. 2019, art. 1).

En efecto, los Misioneros Siervos de los Pobres queremos ser contemplativos en la acción: por tanto, deseamos que nuestra vida misionera no se hunda en un mero activismo, por el cual nuestra misión perdería su corazón, que es una profunda espiritualidad cristológica. Por todo ello, es preciso adentrarnos en una meditación asidua y profunda de la misma, como nos lo recuerdan los Estatutos: "El libro de la 'Imitación de Cristo' (Kempis) es nuestra regla de vida espiritual y camino de santidad. Su meditación asidua, profunda y puesta en práctica nos ayuda a la identificación con el Corazón de Cristo. Aparte de la aconsejable lectura personal, se leerá comunitariamente un pasaje en la Adoración Eucarística y al inicio de cada comida" (*Estatutos de los Misioneros Siervos de los Pobres*. 2019, art. 36).

Incluso, en la toma de posesión, en el momento de manifestar la profesión de fe y el juramento de fidelidad, el que toma posesión debe mantener su mano sobre el libro de la "Imitación de Cristo" y las Constituciones (cfr. *Estatutos de los Misioneros Siervos de los Pobres*. 2019, art. 36, §2). De ahí que, para nosotros como Misioneros Siervos de los Pobres (MSP), este no sea un libro cualquiera, sino nuestro verdadero guía y compañero de camino.

¡Dios les bendiga!

Misioneros Siervos de los Pobres

Reflexión Bíblica

“Vosotros sois testigos de estas cosas”



P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Queridos amigos:

Con este artículo concluimos el tema de “la misión en los evangelios sinópticos”, es decir, en los evangelios según San Mateo, San Marcos y San Lucas. El final del evangelio según San Lucas es muy misionero: el Resucitado promete a los Apóstoles el Espíritu Santo, que los hará sus testigos.

Escucha:

“Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo: «Así está escrito: ‘el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén’. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto»” (Lc 24, 36-49).

Medita:

Nuestro texto narra la aparición de Jesús resucitado a los Once en el cenáculo, donde, después de convencerles de su identidad como Resucitado, vivo y vivificante en su Iglesia (vv. 36-45), los envía como testigos. Así, por medio de ellos, los pueblos se convertirán y obtendrán el perdón de sus pecados (vv. 46-49).

“Paz a vosotros”: lo primero que hace el Resucitado es dar la paz. Venciendo a la muerte, Jesucristo ha vencido el pecado (que nos esclavizaba) y nos ha devuelto a la comunión con Dios y con el prójimo. Esto mismo dice el sacerdote después de realizar el santo sacrificio del altar celebrando la santa Misa: *“La paz del Señor esté siempre con vosotros”*.

De ahí que haya sido muy importante **dejar convencidos a los Apóstoles y a los discípulos de la**

realidad de su resurrección. *“Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguid estando en vuestros pecados”* (1Cor 15, 17). Jesús, viendo que ellos en su corazón tienen dudas acerca de Él, si ha resucitado de verdad o no, les va a convencer de tres maneras: en primer lugar, mostrando que tiene un verdadero cuerpo, de carne y hueso, dejándose “palpar”, y mostrándoles sus manos y sus pies atravesados por los clavos en la crucifixión; en segundo lugar, comiendo delante de ellos un trozo de pez asado; y, en tercer lugar, “abriéndoles el entendimiento”, de modo que comprendieran que en Él se ha cumplido toda la Escritura, es decir, que en Él se ha realizado el designio redentor de Dios.

Como los discípulos de Emaús (v. 26), medítalo tú también, y pídele que abra tu entendimiento y aumente tu fe. En la medida en que te vayas convenciendo, te irás llenando de profunda alegría, como los Apóstoles, que “no acababan de creer por la alegría”, pues lo que veían les parecía “demasiado” bueno, “demasiado” grande, y la alegría no les cabía en el corazón. Deja que Jesús te vaya convenciendo.

“Vosotros sois testigos de esto”: es interesante el hecho que, en nuestro texto, el *“se proclamará la conversión”* (v. 47) viene en paralelo con el *“vosotros sois testigos de esto”* (v. 48). El anuncio de la redención en Cristo, muerto y resucitado, no se realiza principalmente con hermosos discursos, sino ante todo con el testimonio de vida. En griego, “dar testimonio” se dice *“martyréo”*. Los primeros evangelizadores, anunciadores, son los mártires, los que dan la vida día a día por Cristo, los que, con Jesús, van pasando por la puerta de la cruz, esperando entrar en la alegría de la gloria. Este testimonio no sólo “informa” de la Buena Noticia, sino que atrae y convence, es decir, va moviendo a la conversión.

Jesús ofrece también los medios para realizar esta misión: enviará “la promesa del Padre”, “la fuerza que viene de lo alto”, el Espíritu Santo, que fortalece para el testimonio, mueve a la conversión y otorga el perdón de los pecados. Sin Él no podemos hacer nada en el orden sobrenatural para la salvación de las almas. El libro de los Hechos de los Apóstoles, que empezaremos a estudiar en el próximo artículo, iniciará con la venida del Espíritu Santo, que capacita a los Apóstoles para la misión, desde Jerusalén hasta los confines del mundo.

Ora: Señor, haz que seamos tus testigos ante los hombres. Revístenos del Poder que viene de lo alto, la Unción de tu Santo Espíritu.

Vive: Sé testigo, convencido y convincente.



Reflexión Patrística

San Basilio magno, Obispo y Doctor de la Iglesia (I)

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos hermanos, *Laudetur Iesus Christus.*

Reanudamos nuestra presentación de los Padres de la Iglesia, con la figura de san Basilio, apellidado "Magno" por su doctrina y sabiduría y definido por los textos litúrgicos bizantinos como una «lumbre de la Iglesia». Fue un gran obispo del siglo IV y punto de referencia tanto de la Iglesia de Oriente como de la de Occidente por su santidad de vida, por la excelencia de su doctrina y por la síntesis armoniosa de sus dotes especulativas y prácticas.

Nació alrededor del año 330 en una familia de santos, que vivía en un clima de profunda fe. Por parte de padre y de madre, descendía de familias cristianas que habían sufrido persecuciones. Su padre, San Basilio el Viejo, y su madre, Santa Emelia, poseían vastos terrenos y Basilio pasó su infancia en la casa de campo de su abuela, Santa Macrina, cuyo ejemplo y cuyas enseñanzas nunca olvidó. Entre sus nueve hermanos, figuraron San Gregorio de Nicea, Santa Macrina la Joven y San Pedro de Sebaste.

Inició su educación en Constantinopla y la completó en Atenas. Pero pronto decidió abandonar una brillante carrera para seguir su verdadera vocación: aspiraba a una vida de silencio, soledad y oración.

Tuvo como compañero de estudio en Atenas a San Gregorio Nacienceno, que se convirtió en su amigo inseparable, y a Juliano, que más tarde sería el emperador apóstata. Estudió con los mejores maestros de Atenas y Constantinopla. Insatisfecho de sus éxitos mundanos, al darse cuenta de que había perdido mucho tiempo en vanidades, él mismo confiesa: «*Un día, como si despertase de un sueño profundo, volví mis ojos a la admirable luz de la verdad del Evangelio..., y lloré por mi miserable vida*» (cf. Ep. 223: PG 32, 824 a).

Viajó durante mucho tiempo: primero por el Ponto (actual Turquía), luego por Egipto, Palestina y Siria, atraído por la vida de los monjes y los ermitaños. A su regreso al Ponto, se encontró con el antiguo compañero de estudios, Gregorio, con quien fundó una pequeña comunidad monástica basada en las reglas que Basilio había elaborado gracias a los conocimientos adquiridos durante sus viajes.

Atraído por Cristo, con determinación se dedicó a la vida monástica en la oración, en la meditación de las sagradas Escrituras y de los escritos de los Padres de la Iglesia, y en el ejercicio de la caridad (cf. Ep. 2 y 22), siguiendo también el ejemplo de su hermana, santa Macrina, la cual ya vivía el ascetismo monacal. Después fue ordenado sacerdote y, por último, en el año 370, consagrado obispo de Cesarea de Capadocia, en la actual Turquía.

Con su predicación y sus escritos realizó una intensa actividad pastoral, teológica y literaria. Con sabio equilibrio supo unir el servicio a las almas y la entrega a la oración y a la meditación en la soledad. Aprovechando su experiencia personal, favoreció la fundación de muchas «fraternidades» o comunidades de cristianos consagrados a Dios, a las que visitaba con frecuencia. Con su palabra y sus escritos exhortaba a vivir y a avanzar en la perfección. De esos escritos se valieron después no pocos legisladores de la vida monástica antigua, entre ellos san Benito de Nursia, que consideraba a san Basilio como su maestro.

Efectivamente san Basilio creó una vida monástica muy particular: no cerrada a la comunidad de la Iglesia local, sino abierta a ella. Sus monjes formaban parte de la Iglesia particular, eran su núcleo animador que, precediendo a los demás fieles en el seguimiento de Cristo, mostraba su firme adhesión y amor a Él, sobre todo con obras de caridad. Estos monjes, que tenían escuelas y hospitales, estaban al servicio de los pobres y así mostraron la integridad de la vida cristiana.

Las características conocidas de esta forma de monaquismo son la búsqueda de la armonía entre el trabajo manual (que debía ser valorizado para contrarrestar la cultura local de aquel tiempo que lo despreciaba) y el trabajo intelectual (que corría el riesgo, en ciertos contextos monásticos, de ser despreciado y considerado inútil); y la búsqueda de una síntesis entre la vida solitaria y la necesidad de una presencia caritativa en la comunidad cristiana.

Por este motivo Basilio fundó Basiliade, una «ciudad de la caridad» que buscaba dar respuesta a las emergencias de la época: huérfanos, niños expuestos, muchachas casaderas (que corrían el riesgo de ser esclavizadas), vagabundos (para quienes no había lugares equipados donde detenerse), hospitales. Basilio abrió así el fenómeno monástico a la dimensión de la caridad hacia los hermanos necesitados que vivían en su diócesis o pasaban por ella.

Quería que los monasterios no estuvieran lejos de la ciudad, sino cerca de ella, para poder practicar la caridad. Todo esto marcó una evolución en el monaquismo, que anteriormente tendía sobre todo a cuestionar la relación Iglesia-Imperio y la relajación de la vida cristiana.

En la primera mitad del siglo III asistimos a una conversión masiva: esto exigía que el bautismo fuera acompañado de la práctica de la caridad, para seguir dando testimonio de las exigencias completas de la vida cristiana.

En el próximo número de la «*Ut Unum Sint*» seguiremos profundizando el conocimiento de esta impresionante figura de Padre de la Iglesia.

Reflexión Cristológica

Cristología en el Antiguo Testamento (III)

El Sarcedote

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos:

Laudetur Iesus Christus.

Seguimos nuestro recorrido en las páginas del Antiguo Testamento descubriendo y estudiando aquellas figuras que iban prefigurando las características del Mesías esperado por el pueblo de Israel.

Después de haber presentado, en el anterior artículo, la figura del rey, nos dedicamos ahora a la figura del sacerdote, sobre todo a su mediación sacerdotal, presentando las características sacerdotales que emergen de la Antigua Alianza, las mismas que, en la Nueva Alianza, se manifestarán plenamente en la figura de Jesús.

Nos interesa mucho, en esta perspectiva, reflexionar sobre las palabras con las que Moisés bendijo a Leví:

“Dijo acerca de Leví: «Que tu Tumim y tu Urim estén con tu hombre de confianza: el que pusiste a prueba en Masá y por quien litigaste junto a las aguas de Meribá; el que dijo de su padre y de su madre: «No los he visto»; el que no reconoció a sus hermanos e ignoró hasta a sus propios hijos. Porque ellos observaron tu palabra y mantuvieron tu alianza. Ellos enseñan tus normas a Jacob y tu Ley a Israel; hacen subir hasta ti el incienso y ofrecen el holocausto en tu altar. Bendice, Señor, su valor y acepta la obra de sus manos. Castiga las espaldas de sus agresores y que sus enemigos no se levanten más»” (Dt 33, 8-11).

Tal bendición otorgó a Leví y a sus descendientes la detención exclusiva del sacerdocio del Pueblo elegido.

Este sacerdocio tuvo tres funciones bien definidas:

- **Transmisión** del oráculo divino;
- **Tradicón e interpretación** de la ley;
- **Servicio** al altar.

La transmisión manifiesta una especial cercanía, casi familiaridad con Dios; la posibilidad de interpretar la ley nos dice que las palabras mismas de Dios necesitan

ser interpretadas y que el sacerdote recibe las luces necesarias para esta función; el servicio al altar habla de una especial cercanía del sacerdote con todos los hombres para hacerse interprete de sus peticiones y ofrendas y presentarlas dignamente a Dios.

Con Leví el sacerdocio se vuelve exclusivo de una casta determinada, mientras el rey permanece como el verdadero sacerdote de Israel que delega a los levitas el ejercicio del culto.

Después del destierro, los sacerdotes del templo de Jerusalén se vuelven el centro del poder del rey sacerdote.

El sacerdote llega a ser el verdadero mediador de la salvación, absorbe las funciones reales y es el único auténtico representante del pueblo.

También en el caso del mediador sacerdotal se da pronto una frustración en la esperanza de un mediador sacerdotal histórico.

Esta frustración deja espacio nuevamente a la esperanza en el siglo I a.C. cuando se vuelve a encender la llama mesiánica ligada al Mesías sacerdotal y de la frustración se pasa a la espera de un Mesías eterno que, entre otras características, tendrá también las sacerdotales.

Jesús nunca se ha definido a sí mismo con el título de “sacerdote”, ni pertenece a una tribu sacerdotal. La carta a los Hebreos es la única que habla de ello presentando la esperanza del pueblo en un Mesías sacerdote, esperanza que se cumple en Jesús con una peculiaridad importante: Jesús es el auténtico mediador no porque ofrece algo, sino porque se ofrece a sí mismo, verdadero Dios y verdadero hombre.

«Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor, convertido en Sumo Sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (Heb 6, 20).



Reflexión espiritual

La indulgencia plenaria del jubileo 2025: una gracia al alcance de todos nosotros

P. Alois Höllwert, msp (austriaco)

Nos encontramos en el Año Jubilar 2025, bajo el lema "Peregrinos de Esperanza". La gracia jubilar consiste en una renovación de nuestra vida cristiana. Para lograr ese fin se concede una indulgencia plenaria a todos aquellos que cruzan el umbral de una de las Puertas Santas (establecidas en Roma o en alguna diócesis del mundo entero).

Quizá puede ayudarnos saber que la indulgencia plenaria es un don gratuito de parte de Dios, consistente en la remisión total de la culpa y las penas merecidas por nuestros pecados, alcanzable por medio de diversas obras indicadas por la autoridad eclesiástica (siempre que se cumplan las necesarias condiciones: confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Santo Padre, además de que se excluya todo afecto al pecado, incluso venial (cfr. Norma 7 de la Constitución Apostólica "Indulgentiarum doctrina" sobre la revisión de las indulgencias, de San Pablo VI. Roma, 1° de enero de 1967).

Nos puede parecer muy exigente, considerando las condiciones, pues se nos pide una conversión completa de nuestros afectos hasta detestar enteramente todos nuestros pecados, incluso veniales (lo que no equivale a estar enteramente libre de estos últimos, lo que sería imposible). Si somos sinceros, podemos ver con claridad que somos "cómplices" de muchas de nuestras maldades que sabemos justificar hábilmente. Para dar un paso adelante en nuestra vida espiritual hace falta romper esa complicidad, aunque muchas veces lograr esto nos parezca demasiado difícil "pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil" (Mt 26, 41b).

Sin embargo, en realidad nos debería llenar de confianza el hecho de que Dios nunca pide algo imposible y en su generosidad desea dar la gracia del jubileo a todos. Además: "Para Dios no hay nada imposible" (Lc 1,37).

La conversión del corazón es ante todo una obra del Espíritu Santo. Se le debe pedir con perseverancia e insistencia que obre en nosotros este cambio total de afectos: "Pues yo os digo a vosotros: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. (...) Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del Cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan»" (Lc 11, 9.13).

Pero esa maravilla no se realiza sin nuestra colaboración. Y en el centro de nuestro esfuerzo debe estar el verdadero éxodo: el paso de la egolatría a la abertura al Otro (a Dios y a nuestros hermanos, en especial los pobres).

No es baladí que el Santo Padre, en la bula de convocación del Año Santo Jubilar, diga que la

indulgencia se debe aplicar ante todo por los difuntos: "De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia" (Papa Francisco. "Spes non confundit". Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025. Roma, 9 de mayo de 2024, n° 22). Pues, si solo pensamos en nosotros mismos, no nos será posible alcanzar la gracia del Jubileo, mientras que, si nos descentramos para abrirnos a nuestros hermanos, comenzando por los fieles difuntos que todavía esperan el momento de su plena liberación del fuego del purgatorio, nuestro ánimo estará en mejores condiciones para recibir todas las gracias que la bondad del Señor nos haya querido preparar.

Se ha dicho que la peregrinación más larga que existe es la que va de la cabeza al corazón. Una cosa es pensar que el pecado es el mayor mal y otra distinta es detestarlo como tal con todo el corazón y luchar para desterrarlo por completo de nuestra vida (aunque lo segundo no es posible sin lo primero). Eso, obviamente, contando con el auxilio de la gracia de Dios: "Te basta mi gracia: porque mi poder triunfa en la debilidad" (2Cor 12, 9).

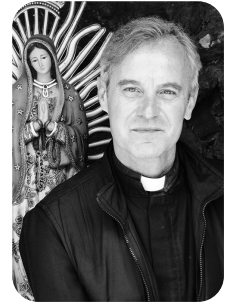
La conversión es el movimiento continuo de progreso en la vida espiritual y a eso se nos invita de manera apremiante en este Año jubilar. La esperanza teológica es la que mantiene viva la savia de la vida espiritual. Santa Teresa de Jesús describe el camino de conversión en su libro "Las moradas o El Castillo interior". En la primera morada está el alma que tiene fe, pero carece totalmente de vigor interior y cede fácilmente a los cantos de sirenas de la mundanidad. Si el alma quiere dar un paso adelante, todo su esfuerzo se debe enfocar en huir de las ocasiones próximas de pecado.

Ahora bien, Dios, en su infinita misericordia, nos indica un camino de atajo para lograr este fin: "Y el rey les dirá: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis»" (Mt 25, 40). No hay mejor camino de conversión que el de huir las ocasiones de pecar a través de la práctica generosa de las obras de la misericordia tanto corporales como espirituales. Haciendo el bien es cómo cerramos la puerta al maligno y sus tentaciones en nuestra vida.

Poniéndonos bajo el amparo de Santa María, Madre de los Pobres, pedimos para todos nosotros la insigne gracia de que alcancemos la renovación de nuestra vida cristiana a través de la indulgencia plenaria del Jubileo para poder servir con la libertad de los hijos de Dios a nuestros hermanos más necesitados.

Reflexión Vocacional

ELOGIO DEL SILENCIO (XII): El silencio en los MSP (III)



P. Álvaro de María, msp (español)

En continuidad con los ya numerosos anteriores artículos sobre el tema del silencio, y en particular, en estos últimos, sobre cómo entendemos vivirlo en los MSP, tomando como referencia el magisterio que nos ha dejado nuestro fundador, el P. Giovanni q.e.p.d., en diversos documentos, seguimos ahora con uno particularmente importante, pues no es que haga algunas referencias a ello, sino que trata de él como tema principal. De hecho es su título **“SOBRE LA SOLEDAD Y EL SILENCIO”**, y data del **6 de enero de 1988**, o sea aún en los inicios, apenas los primeros años de la fundación de los MSP. Por eso no deja de ser un documento realmente programático.

Es ya revelador que ponga estas dos actitudes unidas: junto al Silencio, la Soledad. Y es que, de por sí, la una lleva al otro y el otro a la una. Pero también, como punto de partida, debemos recordar (pues se supone que lo tenemos bien asumido) que ninguno de los dos supone una simple “ausencia”: que el uno consista en la mera ausencia de ruidos o voces; y la otra, ausencia de otras presencias. Ambos son condición para una plenitud, un lleno total: el silencio de la escucha de Dios, que se produce cuando buscamos esa soledad-acompañada de Su presencia.

Significativo es ya el primer párrafo con el que el P. Giovanni inicia este documento:

Ciertamente, cuando tuve la idea del Movimiento ignoraba todo lo que Dios iba a pedir de él. Ignoraba, incluso, su misma novedad: la SOLEDAD y el SILENCIO¹.

Digo que es particularmente significativo porque, por una parte, es expresión o ejemplo del actuar de Dios en determinadas ocasiones, y en particular en la persona de los fundadores: Dios pone la idea de su proyecto en el corazón de la persona que Él ha elegido, la idea de realizar un determinado proyecto en favor de sus hijos, que esa persona acoge, hace suya (“tuve”) con total confianza, porque no conoce de antemano el proceso, y mucho menos la realización definitiva de este plan. Pero se fía, se abandona, da su sí incondicional a lo que el Señor quiera de ella. Por eso lo de que “ignoraba todo lo que Dios iba a pedir de él”, de ese proyecto (Dios no deja de sorprendernos siempre, y tiene la prudencia de ir revelando su plan poco a poco, porque sabe que si lo hace de golpe nos vendría un infarto o un miedo que nos haría desistir) y reconoce lo que

sería “su misma novedad”: precisamente la Soledad y el Silencio. ¿Por qué considerar estas dos actitudes como una novedad? Bueno, porque creo que, de modo general, cuando uno piensa en una realidad misionera, quizás espontáneamente su pensamiento se dirige fundamentalmente a una actividad apostólica, y no a una orientación contemplativa más propia de la vida monástica (caracterizada por el silencio de la oración y la soledad del apartamiento del mundo). Por eso podemos considerar que éste sea uno de los rasgos originales y novedosos de este carisma MSP².

Inmediatamente a continuación del pequeño texto citado más arriba, señala como a modo de prefacio de lo que luego expresará como desarrollo del tema que ocupa el título del documento:

El Movimiento acoge a todo tipo de personas movidas en lo más hondo de sí por el más íntimo anhelo de abrir sus corazones a un diálogo personal con Dios, “oculto” en la Eucaristía y en cada hermano necesitado de nuestra oración, de nuestra ayuda, de nuestro afecto. Estas personas ya han recibido una gracia especial, un llamado del Señor: un “donum Dei”.

O sea, que para ser MSP no basta el querer ayudar (que podría quedar en un mero plano filantrópico o altruista); debe ser algo más profundo: una llamada de Dios (“donum Dei”: regalo de Dios) que hace a la persona, pero que supone una aptitud de interioridad que la hace capaz de escucha atenta de la voz de Dios (“en lo más hondo de sí”) y de una respuesta generosa. Por eso prosigue:

Nuestra entrega culminará si somos fieles a la gracia, en la renuncia de nuestro propio yo mediante la continua conversión o actitud vital, enraizada en la fe, por la cual decimos ¡sí!, hasta sus últimas consecuencias, al Señor Jesús que nos llama al Movimiento para ser colaboradores suyos en el seno de la Iglesia, sirviendo a los más pobres.

Ésta es la vocación de un MSP

Pero. ¡ay!, ¡qué chico se queda el papel cuando un tiene tantas e importantes cosas que decir! No he hecho más que transmitir el inicio del documento introduciendo el tema. Pero quizás haya servido para “abrir boca” a los artículos siguientes.

Me encomiendo a sus oraciones. Dios les bendiga

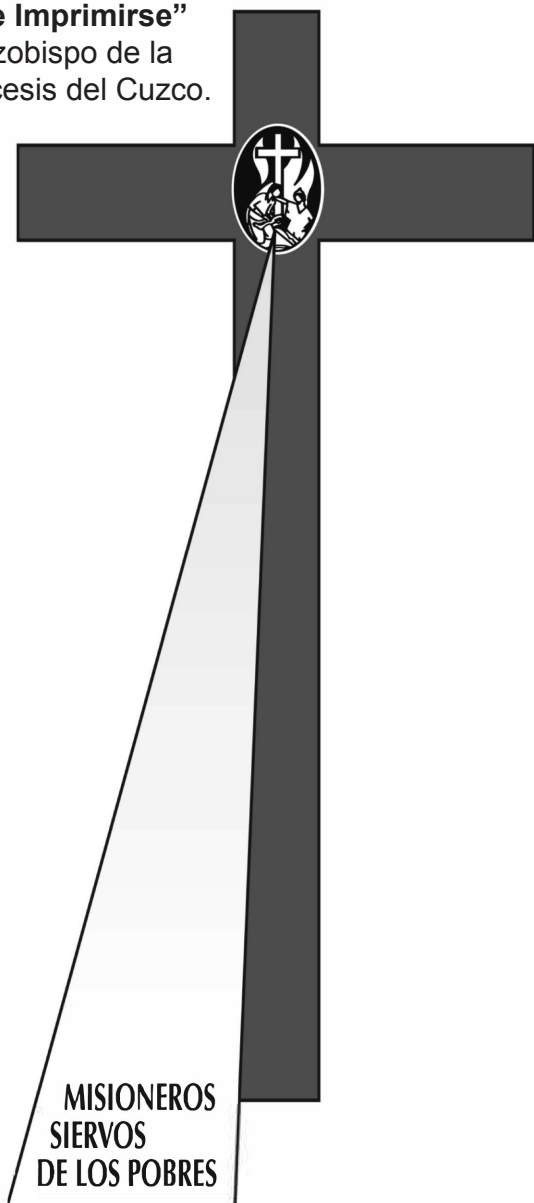
¹ Recordamos que la reproducción literal del contenido del documento lo hacemos remarcándolo en negrita.

² Apenas dos años más tarde, San Juan Pablo II, en su preciosa encíclica *“Redemptoris Missio”* (sobre la permanente validez del mandato misionero), del 7 de diciembre de 1990, concluía afirmando: “El misionero ha de ser un «contemplativo en la acción» (...) El futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación” (nº 91).

Opus Christi Salvatoris Mundi

Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización
Eclesiástica
"Puede Imprimirse"
del Arzobispo de la
Arquidiócesis del Cuzco.



OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Formado por aquellos miembros del Opus Christi, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hermanos y otro para la Rama femenina de las Hermanas)

LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) de consagrados, está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos.

OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación de los MSP, con un ritual de compromiso.

LOS OFERENTES

Personas que colaboran con el ofrecimiento de sus oraciones y sus sufrimientos por los MSP, pero sin compromiso vinculante con los MSP.

Los interesados escribir:

ESPAÑA:

CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)

Tel.: (00-34) 925 39 00 66

e.mail: casaformacionajofrin@gmail.com

PERÚ

Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907

Cuzco (PERU)

Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491

e.mail: msptm.cuzco@gmail.com



www.msptm.com



Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



[misionerossiervosdelospobres](https://www.instagram.com/misionerossiervosdelospobres)



[@MisionerosSiervosdelosPobres](https://twitter.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



[Misioneros Siervos de los Pobres](https://www.youtube.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a missionaricuzco@gmail.com